

Histórico gesto de la Iglesia

"Nunca más", pidió el Papa

Formuló su firme clamor al cerrar la Jornada del Perdón por los pecados de los católicos

ROMA.- "Nunca más contradicciones a la caridad al servicio de la verdad. Nunca más gestos en contra de la comunión de la Iglesia. Nunca más ofensas hacia cualquier pueblo. Nunca más recursos a la lógica de la violencia. Nunca más discriminaciones, exclusiones, opresiones, desprecio a los pobres y a los últimos."

Con cinco "nunca más" que crean un hito en la bimilenaria historia de la Iglesia, Juan Pablo II coronó ayer la Jornada del Perdón, en la que pidió públicamente disculpas por los errores pasados y presentes de todos los cristianos. Un gesto extraordinario del Papa polaco, el más importante de su pontificado, que tiende a la "purificación de la memoria", la reconciliación y la conversión en el Año Santo.

Al mostrar una vez más su padecer físico a las cámaras de todo el mundo que filmaron su inédito acto penitencial, pero con el espíritu y la voz firmes, el valiente mea culpa del Papa, de casi ochenta años, fue recibido por la multitud presente en la basílica de San Pedro con una verdadera ovación.

Todos -la curia romana, representantes del cuerpo diplomático, religiosos y fieles- parecían entonces más que conscientes de la importancia del "acto primacial" del sucesor de Pedro, que de forma unilateral y con humildad imploró a Dios el perdón de todos los pecados y la fuerza para que "nunca más" vuelvan a repetirse errores y horrores.

En señal de veneración y pedido de perdón, al final de la ceremonia Juan Pablo II, vestido como los demás cardenales concelebrantes con un manto violeta, color penitencial de la Cuaresma, abrazó y besó el crucifijo de San Marcello al Corso, el elemento característico de la liturgia.

Este crucifijo del siglo XIV, de expresión dramática, de madera recubierta de oro, generalmente está en la iglesia de San Marcello, en la céntrica vía del Corso. Y es venerado desde hace mucho por los romanos porque lo consideran milagroso: en 1519 se salvó de un incendio, y en 1522 liberó a Roma de la peste.

Así como este impactante crucifijo, pareció casi milagroso ayer el momento central de la ceremonia, cuando solemnemente cinco cardenales y dos monseñores de curia, cada cual a su turno, confesaron los siete grandes pecados cometidos en veinte siglos de historia por los hijos de la Iglesia.

A cada uno de ellos el Papa contestó pidiendo perdón y comprometiéndose a no cometer nunca más los mismos errores.

Entre ellos estaban dos personas clave en el desarrollo de este histórico gesto eclesial: el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y presidente de la Comisión Teológica Internacional, que elaboró el documento "Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado", y el cardenal Roger Etchegaray, presidente del Comité para el Jubileo del año 2000, la persona que más apoyó al Papa a hacer realidad la Jornada del Perdón.

"Profundamente doloridos"

El decano del colegio cardenalicio, Bernardin Gantin, recordó los "métodos no evangélicos", como culpa cometida a veces "al servicio de la verdad". Y el Papa invitó a buscar en el futuro "promover la verdad en la dulzura de la caridad".

Por los pecados cometidos en contra de la unidad de los cristianos, Wojtyła pidió que éstos "puedan revivir la gozosa experiencia de la plena comunión".

Es sabido que para el Papa uno de los temas más urgentes es justamente la unidad de todos los credos cristianos.

Cuando el cardenal Edward Cassidy planteó la delicada cuestión de las relaciones con los judíos, el Papa contestó: "Estamos profundamente doloridos por los comportamientos de aquellos que en el curso de la historia causaron sufrimiento a vuestros hijos, y al pedirles perdón deseamos comprometernos a una auténtica hermandad".

Cada invocación era seguida por el canto del *Kyrie eleison* (Señor, piedad). En ese momento, cada uno de los siete sacerdotes que fue invocando los pecados prendió la mecha de una lámpara ubicada al costado del crucifijo de San Marcello. El sugestivo rito tuvo lugar en medio del silencio absoluto de la multitud que atestaba la iglesia más grande de la cristiandad.

Con respecto a los errores cometidos en contra de los derechos de los pueblos, culturas y religiones, el Pontífice admitió que "muchas veces los cristianos han dejado de lado el Evangelio y han cedido a la lógica de la fuerza, han violado los derechos de etnias y de pueblos, despreciando sus culturas y tradiciones religiosas".

Mencionó luego los pecados en contra de la dignidad de la mujer, tantas veces postergada a lo largo de la historia, invitando a Dios a ayudar "a curar las heridas". Y oró también por los menores víctimas de abusos sexuales, los pobres y los marginados.

Sin menciones específicas

Si bien mencionó grandes culpas, que engloban muchos momentos de la historia, Juan Pablo II no tocó temas concretos: por ejemplo, no citó el Holocausto (por el cual seis millones de judíos perdieron la vida a manos de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial) a la hora de confesar los pecados en contra del pueblo hebreo.

El único grupo específico mencionado fueron los "gitanos y los inmigrantes" cuando se hizo alusión a los miembros más débiles de la sociedad.

"Perdonemos y pidamos perdón", exhortó el Pontífice en su emotiva y trascendente homilía, en la cual recordó que hace seis años hizo público su deseo de "hacer un profundo examen de conciencia" durante el Jubileo, y destacó que el primer domingo de Pascua le pareció una ocasión "propicia" para que la Iglesia, reunida espiritualmente alrededor del Sucesor de Pedro, "implore el perdón divino por las culpas de todos los creyentes".

También aprovechó para agradecer a todos los que contribuyeron a la elaboración del documento "Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado", un texto "muy útil para una correcta comprensión y actuación del auténtico pedido de perdón", fundado en la responsabilidad objetiva que comparten los cristianos.

"Mientras confesamos nuestras culpas -agregó-, perdonemos las culpas cometidas contra nosotros por los demás."

La parábola del hijo pródigo

Explicó el sentido de la "reconciliación", clave en su "mea culpa histórico", por medio de la parábola del hijo pródigo, del Evangelio de Lucas y del propio sacrificio y redención de Jesucristo.

"Dios, bien representado por el padre de la parábola -dijo-, recibe a cada hijo pródigo que a El vuelve. Lo recibe a través de Cristo, en el cual el pecador puede convertirse en "justo" de la justicia de Dios."

Y finalmente pidió ayuda a María, Madre del perdón, para que todos puedan recibir la gracia del perdón que el Jubileo especialmente ofrece: "Haz que la Cuaresma de este extraordinario Año Santo sea para todos los creyentes, y para cada hombre que busca a Dios, el momento favorable, el tiempo de la reconciliación, el tiempo de la salvación", concluyó.

**Por Elisabetta Piqué
Corresponsal en Italia**

Males de hoy

ROMA (De nuestra corresponsal).- Ayer, el Papa no dejó de recordar los errores del presente.

"No podemos no preguntarnos cuáles son nuestras responsabilidades", subrayó en su homilía, al mencionar "los males" que aquejan hoy a los cristianos: el ateísmo, la indiferencia religiosa, el secularismo, el relativismo ético, las violaciones del derecho a la vida y el desinterés por la pobreza en muchos países.

Histórico gesto de la Iglesia Liturgia inolvidable

ROMA (De nuestra corresponsal).- La famosa Piedad de Miguel Ángel, que se encuentra en la basílica de San Pedro, a la derecha no bien uno entra, por primera vez formó parte de una liturgia sin precedente, la de ayer.

Al principio de la celebración, el Papa se detuvo delante de la sobrecogedora escultura de mármol -que se encuentra en una capilla lateral, protegida por un vidrio- junto a los demás concelebrantes, en la denominada "statio" (parada).

El simbólico y claro gesto fue para simbolizar que la Iglesia, como María, quiere abrazar al Salvador crucificado, hacerse cargo del pasado de sus hijos e invocar el perdón al Padre, como explicó entonces el Pontífice.

Luego tuvo lugar una lenta procesión penitencial hacia el altar, abierta por la cruz con siete candelabros y por el Libro de los Evangelios, y acompañada por letanías y coros.

Plataforma móvil

El Papa, con dificultad para moverse debido a su enfermedad, optó por desplazarse hasta el altar papal sobre una plataforma móvil, vehículo que estrenó a fines de diciembre.

Al avanzar hacia el impactante baldaquino de Bernini, que domina la nave y corona el altar papal, el Pontífice saludó a los fieles levantando su brazo, con fatiga, pero con una evidente fuerza espiritual.

Como sucede siempre en las multitudinarias ceremonias en el Vaticano, antes de la oración universal, la confesión de culpas y el pedido de perdón, tuvieron lugar distintas lecturas de la Biblia en varios idiomas: español, inglés, latín y griego.

Reflexiones

Preguntas al Papa penitente

**Por Vittorio Messori
Del Corriere della Sera**

MILAN.- Se ha abusado y se abusa del adjetivo "histórico", pero la liturgia penitencial de ayer en San Pedro parece verdaderamente merecerlo. Para algunos se trata de un nuevo y emocionante principio, no sólo para la Iglesia, sino también para la sociedad en general. Para otros es una utopía bienintencionada que, como suele ocurrir, producirá frutos opuestos a sus intenciones. En este mismo diario (el sábado último), un laico libre de toda sospecha, como Montanelli, se confesó estupefacto por tal gesto, previendo toda clase de problemas para la Iglesia. Al menos, para la Iglesia institucional ("curial", como la llama). Para tratar ya no de entender, sino al menos de encuadrar la situación, sería bueno partir del trabajo de la Comisión Teológica Internacional, respaldada, con el dictamen de sus 30 miembros, por la Congregación para la Doctrina de la Fe.

A estas venerables luminarias el cardenal Joseph Ratzinger, que es su presidente, ha confiado la tarea de encontrar fundamento doctrinal a una aspiración de Juan Pablo II: revisar la historia de la Iglesia para pedir perdón por cuanto, en ella, no parezca conforme con el Evangelio. O, según algunos, con el Evangelio leído según la sensibilidad actual. Una aspiración que ya ha llevado al Papa a disculparse un centenar de veces por todo lo malo que habrían hecho sus predecesores en la fe, y que lo condujo a poner esta exigencia en el centro del Jubileo, como consta en la bula de indicción de noviembre de 1998.

La liturgia vaticana de ayer cumple con esa intención, mientras que el documento presentado el martes último por la comisión que preside Ratzinger ("Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado") es la tentativa de encontrar una justificación teológica. Es necesario examinar ese documento, del cual sólo se han dado síntesis apresuradas y, a veces, apologéticas y parciales.

Quien lo lea completo no podrá dejar de advertir en los redactores una perplejidad que, por momentos, se convierte en malestar explícito. "Entre el consenso y el malestar" es, en efecto, una frase usada desde la introducción. Más adelante, la comisión es todavía más clara: ante "los pasos dados por Juan Pablo II para buscar perdón por las culpas del pasado (...) no faltan fieles desconcertados, ya que su lealtad hacia la Iglesia parece haber sido sacudida. Algunos de ellos se preguntan cómo transmitir a las jóvenes generaciones el amor a la Iglesia si a esa misma Iglesia se le imputan crímenes y culpas".

Y estos hombres, considerados los más autorizados teólogos católicos, así como los más fieles a la perspectiva romana, continúan diciendo textualmente: "Es de esperar que algunos grupos reclamen un pedido de perdón también para ellos, ya sea por analogía con otros o porque creen haber sido objeto de algún error".

Lo más inquietante

Aún más inquietante (y pasada por alto por todos los comentaristas) es una de las preguntas que plantea el documento: "¿Acaso no es demasiado fácil juzgar a los protagonistas del pasado con la conciencia actual, como hacen los escribas y fariseos?" Inquietante, decimos, porque la referencia apunta a Mateo 23, 29: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas que decís: Si hubiéramos vivido nosotros en tiempos de nuestros padres no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas".

Como cualquier pronunciamiento eclesiástico, sobre todo si es solemne, debe basarse en aquellas que, en la perspectiva católica, son las dos fuentes de la Revelación (la Escritura y la Tradición); al término de su análisis, la Comisión Teológica admite que, al menos hasta Pablo VI, "en toda la historia de la Iglesia no se encuentran anteriores pedidos de perdón relativos a culpas del pasado". Tampoco surgen antecedentes después de examinar las Escrituras, ya sea el Antiguo o el Nuevo Testamento: "Se puede llegar a la conclusión de que la llamada de Juan Pablo II a la Iglesia para que caracterice el año del jubileo con una admisión de culpa (...) no encuentra un paralelo unívoco en los testimonios bíblicos".

Después de un análisis histórico en el que se renuevan los consejos de recordar que las cosas a menudo no fueron como sostuvo durante siglos la propaganda antieclesiástica (terminando quizá por convencer a algunos en la propia Iglesia), la comisión hace algunas advertencias, entre ellas ésta: "Hay que evitar sobre todo que estos actos contribuyan a inhibir el impulso de evangelización por la exasperación de los aspectos negativos..." Y además: "Sería beneficioso que estos actos de arrepentimiento estimularan también a los fieles de otras religiones a reconocer las culpas de su propio pasado". En efecto, declara con claridad que "la historia de las otras religiones está plagada de intolerancia, supersticiones, connivencia con poderes injustos y negación de la dignidad y libertad de conciencia".

En suma, si queremos golpear el pecho de quienes nos precedieron en la fe pronunciando un "vuestra culpa", advierten los expertos de Ratzinger, debemos recordar que "los cristianos no han sido una excepción y somos cómplices de todos cuantos han sido pecadores ante Dios". Todos: inclusive los no católicos y los no cristianos.

Naturalmente, el documento de la comisión vaticana propone respuestas a los interrogantes planteados y busca aspectos positivos en esta "operación de pedido de perdón por las culpas de otros". Y entre esos "otros" hay una enorme cantidad de beatos y santos, ya que gran parte de quienes fueron elevados a los altares -hasta por el actual Pontífice- no pasarían el actual examen de lo "teológicamente correcto". A tal punto que algunos han pedido coherencia en las altas esferas de la Iglesia y que se proceda a una larga serie de descanonizaciones: la expulsión de la lista de los que son propuestos a los creyentes como modelos, pero que en realidad son responsables de pensamientos y obras por las cuales los "nuevos creyentes purificados en la memoria" deben pedir perdón. De todos modos, al finalizar el documento, los teólogos -entre advertencias y distinciones- hacen su exposición doctrinal. Como es obvio, ya que precisamente eso es lo que se les pidió. Y pasan ahora a las consecuencias: la situación creada torna imposible recurrir, ante la duda, a la tradicional actitud católica: refugiarse en la fe, en el tranquilizador "carisma de Pedro", y aceptar a pesar de todo las directivas papales. Esta es una actitud que ya no les estaría permitida.

Es en efecto la propia Roma la que proclama con solemnidad que muchos papas se equivocaron gravemente: de hecho, gran parte de ellos promovió o al menos consideró meritorias cosas como la Inquisición, las Cruzadas, las luchas contra los cismas y herejías, la desconfianza hacia el judaísmo posterior a Cristo y el proselitismo misionero. Es decir, las cosas por las cuales ayer se pidió perdón a Dios y a los hombres. De ahí las dramáticas (pero lógicas) preguntas del católico que quiere seguir siendo tal: "Si esos pontífices se equivocaron, ¿cómo estar seguros de que no se equivoca el actual? ¿Quién me asegura que algún sucesor de él no pida perdón por sus pedidos de perdón? ¿Qué sucederá mañana con los católicos obedientes si hoy se revalorizan como profetas aquellos que se opusieron al magisterio de papas, incluso santos? ¿Las creencias actuales, por ejemplo, en materia de derechos humanos, de pluralismo, de diálogo, son realmente el criterio único, insuperable para juzgar las perspectivas de la fe?"

Preguntas dramáticas, repetimos. Y para un creyente, bastante dolorosas. Pero son justamente la lealtad y la fidelidad las que nos imponen hacerlas. Y es, por lo tanto, con confianza filial como esperamos claras respuestas que nos ayuden a entender. Y que nos mantengan en nuestro empeño cada vez más fuerte de recuperar la seguridad (y la alegría) del católico, al abrigo de un magisterio que garantice una orientación firme, la del propio Cristo.

Traducción de Mara Farhat

Por qué se pidió perdón

- **Las Cruzadas y la Inquisición.** Pecados cometidos al "servicio de la verdad": intolerancia y violencia contra los disidentes, guerras religiosas, violencia y vejaciones durante las Cruzadas; métodos coactivos durante la Inquisición.
- **División entre los cristianos.** Pecados que comprometieron la unidad del Cuerpo de Cristo: excomuniones, persecuciones, divisiones.
- **Persecuciones de los hebreos.** Pecados cometidos en el ámbito de las relaciones con el pueblo de la primera alianza, silencio incluso durante el Holocausto, cometido por los nazis.
- **Conversiones forzadas.** Pecados contra el amor, la paz, los derechos de otros pueblos, el respeto por las culturas y las otras religiones, incluso durante la conquista de América.
- **Machismo y esclavitud.** Pecados contra la dignidad y la unidad humana, hacia las mujeres, las razas y las etnias.
- **Injusticia social.** Pecados en el campo de los derechos fundamentales de las personas y de la justicia social.

Una obra de ingeniería delicada

Para conseguir que la Iglesia celebrara la Jornada del Perdón, el Papa debió lograr primero el visto bueno de un personaje clave en el Vaticano: el cardenal Joseph Ratzinger

ROMA (Del Corriere della Sera).- El *mea culpa* del Papa logró finalmente recibir el visto bueno del cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe: la confirmación pública sucedió durante la conferencia de prensa del martes último, en la cual los cardenales Etchegaray y Ratzinger presentaron la Jornada del Perdón, que Juan Pablo II celebró ayer.

A diferencia del de Etchegaray, que es total y constante (tanto es así que el cardenal francés fue nombrado por el Papa para presidir el Gran Jubileo), el "pláacet" de Ratzinger ha venido madurando con el tiempo y es un *placet juxta modum*, es decir con algunas condiciones.

Pero es, de todos modos, un "pláacet" sustancial, que a Juan Pablo II le era absolutamente necesario para hacer frente a las objeciones -incluso doctrinales- que su iniciativa había despertado.

Haberlo obtenido es una pequeña obra maestra del gobierno curial de este papa, que no siempre conoció experiencias felices.

La izquierda y la derecha

Una obra maestra que permitió al Papa encargarse a los dos cardenales que presentaran juntos -y casi "a una voz"- la delicada iniciativa.

A Joseph Ratzinger y Roger Etchegaray los podemos imaginar como las manos derecha e izquierda del Papa, manos que durante algunos años trabajaron en torno de la cuestión del *mea culpa* sin -para decirlo con el lema evangélico- que una supiera lo que hacía la otra.

Pero, hacia el final, el Papa quiso que ambas manos se conjugaran y éstas lo hicieron.

Captar las diferencias de pulso de cada mano significa medir el grado de aprobación del *mea culpa* papal entre los miembros de la curia. Y éstos se encuentran más cerca del "sí" laborioso y condicionado de Ratzinger que del arrojado de Etchegaray.

Hemos escuchado a Etchegaray, el martes, decir que "acompañar a Juan Pablo II en su camino de arrepentimiento con motivo del Jubileo es también seguirlo en sus esfuerzos de renovación conciliar: no podemos dejarlo solo ni en una orilla ni en la otra".

Apoyo con reservas

Enseguida, Ratzinger se expresó así: "Comparto cuanto ha dicho el cardenal Etchegaray. Agregó únicamente una reflexión propia".

Este es el punto: él comparte verdaderamente la iniciativa papal, a tal punto que ha aprobado el documento de la Comisión Teológica Internacional ("Memoria y reconciliación. La Iglesia y las culpas del pasado", redactado en principio por el italiano Bruno Forte) que la legitima doctrinalmente, pero en lo personal no la había aceptado.

Ahora que la acepta, señala tres "condiciones" para que dé frutos.

La primera condición es que -al pedir perdón por las culpas de la historia-, "la Iglesia del presente no se constituya en tribunal frente a las generaciones pasadas".

La segunda es que "confesar significa decir la verdad": no se puede entonces -por "falsa humildad", especificó- hacerse cargo de culpas que "no fueron cometidas o que no fueron culpas", adaptándose a un juicio profano o adverso, que podría no tener "fundamento crítico".

La tercera condición es tal vez la más difícil de satisfacer: "La confesión del pecado irá siempre acompañada de la *confessio laudis*", es decir de las "alabanzas a Dios por los santos que siempre estuvieron en la Iglesia".

Si le preguntáramos al cardenal Etchegaray qué piensa de estas tres condiciones señaladas por Ratzinger, él respondería que las comparte.

Pero no fueron las primeras ideas que le vinieron a la mente el 13 de junio de 1994, cuando escuchó en el Consistorio la propuesta papal del *mea culpa*. Entonces dijo de inmediato que estaba de acuerdo.

Por otra parte, él había hecho una propuesta análoga -en lo referente a los hebreos- en el Sínodo de 1983, cuando todavía era arzobispo de Marsella.

Ratzinger, en cambio, pensó enseguida en las "dificultades" de la empresa e intervino en el Consistorio para señalarlas.

Su aceptación de la idea maduró con el tiempo. Dicen que siguió "atentamente" la redacción del documento de los teólogos y que considera un buen resultado que se haya aprobado "por una gran mayoría".

Por Luigi Accattoli
Traducción de Mara Farhat

Un gran teólogo

Detrás del documento del *mea culpa* papal, que ocupa hoy la atención de la opinión pública mundial, se halla la figura de uno de los teólogos más destacados del catolicismo. Se trata del cardenal Joseph Ratzinger, nacido el 16 de abril de 1927 en la Alta Baviera, Alemania, quien comparte con Juan Pablo II el interés por la cultura y la práctica de los idiomas.

Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ha sido una personalidad clave para la compilación del catecismo de la Iglesia Católica.

Al respecto ha tenido una gran repercusión de venta en todo el mundo. Uno de los libros más reconocidos del cardenal es "El Evangelio, catequesis, catecismo: visiones del catecismo de la Iglesia Católica".

Israel: líderes judíos criticaron el mensaje

Genocidio: líderes judíos criticaron la homilía papal porque no hubo menciones sobre el Holocausto durante la guerra

JERUSALEM.- Tras la homilía papal en la basílica de San Pedro, en Roma, durante la cual Juan Pablo II formuló un mea culpa inédito en la historia de la Iglesia Católica, se conocieron voces representativas de la comunidad judía que discreparon, sobre todo, con lo que consideraron una omisión del pontífice al Holocausto.

En tono crítico, el gran rabino askenazi de Israel, Israel Lau, dijo que se sintió "profundamente decepcionado porque el genocidio no haya sido tratado durante la homilía papal, más aún por el hecho de que Juan Pablo II fue un testigo directo en Polonia". No obstante, expresó su satisfacción por "la iniciativa del Papa de pedir perdón al pueblo judío por las persecuciones que sufrió desde hace dos mil años".

También el líder judío británico, lord Greville Janner, consideró "importante y generoso" el mea culpa papal. Pero le pidió al Pontífice que abriera los archivos del Vaticano sobre los vínculos entre la Iglesia Católica y los nazis durante el Holocausto.

El presidente del Consejo del Museo del Holocausto, Shévaj Weiss, calificó como "insuficiente" la petición de perdón del Papa. En declaraciones radiales, Weiss -de origen polaco, como el Pontífice- comentó que "aun cuando la declaración del Papa es muy humana y positiva, la petición de perdón que hizo fue insuficiente". Sin embargo, aclaró que "Juan Pablo II será recibido en Iad Vashem -nombre del Museo del Holocausto- con sumo respeto y calidez porque hace muchas cosas positivas".

También dijo Weiss que durante la visita papal a Jerusalén, que tendrá lugar la semana próxima, espera que "el jefe de la Iglesia Católica mencione el Holocausto".